

Biblioteca Ilusión

Publicación Semanal

Núm. 67

25 cts.



RICARDITO TIENE BUENOS PUÑOS

— por RICARDO TALMADGE —

Biblioteca Ilusión

STEPPING LIVELY

1924

Ricardito tiene buenos puños

Versión literaria de la película del mismo
título, interpretada por el notable saltarín

RICHARD TALMADGE

Exclusiva

CINEMATOGRÁFICA VERDAGUER
Consejo de Ciento, 290 : BARCELONA

○

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN
PARÍS, 204 : BARCELONA

RICARDITO TIENE BUENOS PUÑOS

PERSONAJES

Elias Pendroy.....	<i>Mac Gregor</i>
Ricardito Allen.....	<i>Richard Talmadge</i>
Un detective.....	<i>Fred Kelsey</i>
Evelina Pendroy.....	<i>Mildred Harris</i>
Conde Rinalli.....	<i>Mario Carrillo</i>
Hardy, un policía.....	<i>John Dillion</i>
El mico negro.....	<i>William Clifford.</i>

Era costumbre en el despacho del Director del Banco Financiero Industrial que, terminado el trabajo, se reunían en él varias de sus mejores amistades formando una especie de tertulia que acordaba dónde se terminaría de pasar el día, pues sabido es que en América los despachos cierran en hora hábil todavía para que cada cual pueda dedicarse a sus aficiones favoritas unos momentos de distracción, sean esos la lectura, el completar la educación, el dedicar unas horas al ejercicio físico, etc., etc., dando así ocasión a que las energías renovadas den mayor con-

tingente a la efectividad y entusiasmo por el trabajo.

Entre los que se reunían en el despacho del señor Elías Pendroy, que este es el nombre del director, figuraba su hermosa hija Evelina, su secretario Ricardito Allen, un simpático mocetón, lleno del ardor de la juventud, un policía particular que estaba al servicio del Banco y que no despuntaba gran cosa en lo de eclipsar a Sherlock Holmes, el conde Rinalli, un misterioso cuya única preocupación era acercarse a la gente de dinero, y algún que otro alto empleado del Banco.

Todos iban allí a lo suyo. Ricardito deseaba mas que hacer con su jefe, pasar unos momentos en la dulce conversación de Evelina, y el conde Rinalli iba también a la pesca de los millones de la bella jovencita, para lo cual le hacía una corte asidua. Naturalmente que Ricardito, hijo de una noble familia europea y educado por lo tanto en las tradiciones europeas, tenía una distinción que es difícil encontrar entre la burguesía americana, contrastando con las maneras del conde, que aun cuando decía ser descendiente en línea recta de reyes y emperadores, tenía en su aspecto algo que delataba al pillete de los barrios bajos de Nueva York, que para darse postín se hubiera apropiado de un respetable título de nobleza.

El momento en que los presentamos al lector, se hallan Ricardito y Evelina muy

juntos, hablando de sports, y el conde (llámemosle como él quiere que se le conozca) junto al báquero, les observa con no muy buenos ojos.

— Verdaderamente, señor Pendroy, dice Rinalli — que no debería usted permitir que su hija Evelina flirteara con uno de sus dependientes, aun cuando éste fuera de gran categoría como el señor Ricardito Allen.

— Eso no tiene importancia. Siempre se hallan conversando de sus aficiones deportivas y no creo que haya en ello nada de pecaminoso.

— Sí, pero el señor Allen, valiéndose del cargo de secretario de usted, está en íntima relación con sus negocios y sabe de sobra que es usted hombre de fortuna y que, por lo tanto, no es un mal negocio casarse con su hija Evelina, que al fin y al cabo, y siendo merecedora de mucha mayor distinción, se convertirá en la esposa de un simple dependiente.

— Lo de simple — replicó Pendroy, sonriente — no lo paso, porque Ricardito tiene para los negocios un maravilloso ojo clínico que hace que nunca falle un solo negocio.

— Vamos, vamos, señor Pendroy, que veo está usted orgulloso de su secretario, pero de esto a aceptarlo casi por yerno... hay un abismo; nosotros, los nobles, somos en estas cuestiones muy escrupulosos.

Ricardito es muy adicto a mi persona

y de él no tengo la menor queja en los varios años en que está a mi servicio, ni tengo nada que reprocharle.

En esto Rinalli, amoscado, dirigióse al grupo formado por Evelina, y con su hipocresía, que era para él una de las mejores armas de su arsenal en la lucha por la herencia, dijo :

— Bien, señorita: ¿a quién ha elegido para pareja en sus juegos de tennis de esta tarde?

— Al señor Ricardito, con quien tengo gran afinidad en el sistema de juego; tengo comprometidos con él los partidos de toda la semana.

— Entonces, yo casi que puedo buscarme pareja — replicó amoscado Rinalli.

— Precisamente — dijo Evelina sonriendo — en un periódico de París he visto ayer un anuncio en que en la sección de deportes una joven deseaba pareja.

Comprendió la indirecta, que era más directa que un directo del famoso Uzcidun, y mordiéndose los labios de ira, dijo :

— Es decir, señorita Evelina, que lo que usted me recomienda es que me marche de nuevo a Europa.

Estaba por replicar Evelina que Rinalli sabía tanto de Europa como ella de la cría de las pulgas marinas, pero callóse y siguiendo en su humorismo, le dijo con ironía manifiesta :

— Ya sé, señor conde Rinalli, que usted



El policía oficial y el detective investigando en competencia...

no puede volver a Europa porque estalla un conflicto entre una docena de princesas que se lo disputan, y por este motivo ha tenido usted que permanecer en América sin poder brillar en la corte.

— Está usted muy humorista esta mañana, señorita Evelina.

— No lo crea, estoy inquieta por marcharme a jugar un partido con Ricardito al que tengo empeño en vencer.

— Entonces yo estoy retardando este dulce momento — dijo Rinalli.

Y sin agregar una sola palabra, cogió su sombrero de copa, su bastón y guantes, y lar-

góse bufando y maquinando terribles planes para desbancar a Ricardito en el trono que parecía ocupar en el corazón de la rica heredera.

Momentos después se marchaban también Evelina y Ricardito en el rápido coche de sport de la joven, y solos quedaban el detective y el señor Pendroy. Siempre que esto acontecía, el detective, para justificar su elevado sueldo y el trabajo tan escaso que por el mismo realizaba, le llenaba la cabeza al pobre banquero de mil historietas inverosímiles, fruto solamente de su fantasía de detective ocioso.

Desde hacía unos días la había pegado con el intendente del señor Pendroy, de cuyos servicios y lealtad estaba éste más que satisfecho.

— Este tipo me da mala espina, señor Pendroy ; juraría que esta cara tan dura la he visto yo en alguna parte.

— Pues en cinco años que está a mi servicio nada he observado en él que me indujera a desconfianza ; antes al contrario, es uno de mis servidores más leales.

— Sin embargo, sus maneras son algo sospechosas.

— Si hubiera usted pasado quince años de su vida en la cárcel, tendría usted las mismas maneras que él... y para que usted se cerciore, le voy a entregar trescientos mil dólares en bonos al portador para que los



Ricardito es presentado a la pandilla de «El Mico»

ingrese en el Banco ; tanta es mi confianza en él, que le confiaría toda mi fortuna sin preocuparme en lo más mínimo.

En efecto, y ante la estupefacción del detective, Pendroy entregó la suma al intendente para que realizara el ingreso en otro Banco a primeras horas de la mañana del día siguiente.

Por la noche volvieron a reunir los incondicionales de la tertulia, y el rasgo de confianza del señor Pendroy volvió a referirse como si se tratara de un experimento peligroso. Naturalmente, que no faltaba a la reunión el conde Rinalli, que prestó excelente

oído a cuanto se refería y que suspiró fuertemente al saber la cuantía de la cantidad que se le había confiado al intendente.

Así transcurrió la velada como de costumbre. Rinalli mirando como Evelina y Ricardito se arrullaban. El padre y el detective haciendo suposiciones de cómo podían robar y cómo podía evitarse, y el intendente prestando atención a todo, como si le interesara extraordinariamente lo que se hablara aquella noche. Cuando sonaron las doce, se dió por terminada la velada, y cada cual desfiló, no sin que antes cambiaran Evelina y Ricardito una larga y apasionada miradita de amor que hizo decir a Rinalli :

— Señorita Evelina, diríase que está usted enamorada del secretario de su padre...

— Y tal vez el que tal dijera no andaría muy lejos de la verdad — replicó con mortificante ingenuidad la bella millonaria.

Rinalli, como de costumbre, salía bufando, pero en sus ojos agresivos brillaba una extraña luz de venganza.

Cerrada la noche, todo estaba en silencio en las habitaciones de la mansión de los Pendroy. El intendente, después de dar su acostumbrada revisión por todos los aposentos, detuvo un momento ante la caja de caudales donde había guardado los trescientos mil dólares que debía ingresar a la mañana siguiente y retirarse.

Momentos después una leve mancha de



Y vestido a propósito para su nuevo ambiente

luz reflejábase en la pared del despacho, manoseaba en todos los rincones y el círculo luminoso de una lámpara de bolsillo reverberó en la brillante puerta de la caja de caudales que reflejaba el foco de luz. Luego osciló una cortina cercana a la caja de caudales y un brazo alargó su mano hasta la caja donde tras breve tanteo de dedos experimentados, abrióse sacando el fajo con los bonos al portador.

Mas sintió el desconocido leve rumor de pasos y escondióse por entero tras la cortina. Una sombra avanzaba por el despacho hasta tocar el interruptor de la luz ; pero antes de

que pudiera iluminar el despacho, recibió en la cabeza un golpe que le propinó el brazo del desconocido que había abierto la caja, y cayó desplomado al suelo, mientras tras las cortinas el ladrón de los bonos desaparecía marcándose su contorno en las arrugas de la cortina. Al ruido producido por el cuerpo al caer, acudió la servidumbre, siendo el primero el intendente. Al dar la luz vióse que el señor Pendroy yacía en el suelo con un hilito de sangre que manaba de su cabeza.

Evelina acudió presurosa y abrazóse al cuello de su padre, que tratando de incorporarse, señaló la caja de caudales.

Momentos después se hallaban en torno del herido un médico y el detective del Banco, que con su lupa y su revólver empezaba sus pesquisas, tal vez algo cómicamente.

El médico fué el primero en romper el angustioso silencio.

— Vive todavía; el golpe ha sido fuerte, pero por unos milímetros no ha producido el golpe mortal que se buscaba.

— ¡Qué lástima! — dijo el estúpido detective. — Precisamente los crímenes son mi especialidad, pero también en robos soy una lumbra.

Pero pronto llegó la policía del gobierno que se hizo cargo del asunto, y el pobre detective quedó algo amoscado y a la altura del betún de clase más económica.

Sin embargo, si nadie daba pie con bola, el



Los iba amontonando a medida que los iba venciendo

conde Rinalli, empero, estaba muy atareado para sacar todo el partido posible del suceso. Se presentó cerca del mediodía en casa de Pendroy, y bajo pretexto de enterarse detenidamente de la salud del banquero, se puso al corriente del estado en que se hallaban las pesquisas, cosa que le interesaba sobremanera. Se dió cuenta inmediatamente que mientras el detective particular sospechaba del intendente, la policía oficial se disponía a proceder con entera eficacia y gran rigor, a fin de que no quedara impune el delito, y que por ser lo que más interesaba se recuperaran los trescientos mil dólares que habían volado. En

tanto el señor Pendroy se hallaba ya restablecido del atontamiento que le había producido el primer golpe, y prestaba declaración al jefe de investigación que había sido designado por la Jefatura de Policía.

— Explique usted cómo se ha producido el hecho — dijo el jefe de policía.

— Sencillamente; a altas horas de la noche, cuando ya mis contertulios se habían retirado, percibí una extraña ida y venida de pasos cautelosos en mi despacho y me levanté para averiguar a qué era debido, y cuando me acercaba para dar la luz, me sentí herido en la cabeza, pasando por delante de mí una sombra que desapareció rápidamente sin que pudiera yo precisar quién era por la obscuridad que reinaba en mi despacho.

— ¿No se hallaba nadie extraño en la casa?

— Nadie, señor; la servidumbre habitual y mi hija.

— ¿Y quién fué el último en abandonar su compañía de los contertulios a que usted ha hecho alusión antes?

— El señor conde de Rinalli, que me apresuro a hacer constar que está por encima de toda sospecha.

— Perfectamente; ¿y quién más se hallaba con usted hasta las últimas horas de la noche?

— El detective particular de mi Banco y mi secretario, el señor Ricardito Allen.

— Pues bien; debería usted mandarlos

llamar para esclarecer algunos puntos oscuros de cuya aclaración depende el éxito en este asunto, en el que tengo el mayor interés en quedar como siempre que se me ha confiado un asunto de importancia.

— Llamad al intendente — dijo Pendroy.

Inmediatamente se presentó éste, en quien la policía se fijó detenidamente, y Pendroy le dió orden de avisar a Ricardito, para que se presentara sin pérdida de momento.

Acto seguido llegaba Ricardito, quien al igual que todos los que ya se hallaban allí reunidos, es decir, el intendente y el conde Rinalli, dejaron sus impresiones digitales en un papel que se llevó el policía del gobierno para proceder a varias investigaciones y comprobaciones.

El intendente y Ricardito pusieron cierto reparo en dar sus impresiones digitales, y por el contrario, el conde Rinalli prestóse a ello con la mayor amabilidad del mundo. Al fijarse en el intendente el policía le preguntó:

— ¿Dónde le he visto yo a usted antes de ahora?

— Le confesaré a usted que he pasado varios años en la cárcel, pero saldadas ya mis cuentas con la justicia, ya nada he de temer de ella. Mi conducta está ajustada al bien y la honradez.

— Tengo la certeza — dijo entonces el jefe de policía — que el culpable es otro.

Fijó su mirada en Ricardito y le dijo:

— Déme usted de nuevo sus impresiones digitales, y efectivamente las volvió a obtener sin protesta por parte del joven.

Comprobólas con las que había obtenido antes y las que aparecían en la caja, y dijo:

— Ya no es necesario que practique otras indagaciones; ya tengo al culpable: es el señor Ricardito Allen, secretario del Banco.

— Protesto — dijo éste indignado. — Es natural que mis impresiones digitales aparezcan, porque continuamente y por deber de mi cargo abro la caja infinidad de veces.

— De esta circunstancia se ha valido usted creyendo que no podrían descubrirle — dijo el policía. — De modo — agregó — que queda usted detenido.

Evelina al ver que decretaba el policía la detención de su novio, sintióse indignada y comprendió entonces, en lo más hondo de su ser, que estaba enamorada del elegante joven. Acercóse y le dijo:

— No creo que esta acusación sea cierta. Los falsos indicios te acusan, pero no ha de tardar en brillar tu inocencia.

— Así lo espero, pero por de pronto alguien que tiene interés en perjudicarme, ha arreglado las cosas de manera que aparezca yo como autor del robo.

— ¡Por Dios, Ricardito! — agregó Evelina. — ¡Prueba tu inocencia cuanto antes o de lo contrario yo ya no podré vivir!

El policía siguió insistiendo:



Creyeron llegada la hora de entrar en acción...

— Además, señor Ricardito, el revólver tiene también sus huellas digitales y esto es una doble prueba.

— Naturalmente, porque se lo he arrebatado al detective nuestro que estaba curioseándolo sin darse cuenta de que estaba cargado y podía de un momento a otro disparárselo.

— No trate usted de engañarme; sé lo que me digo — replicó secamente el policía oficial.

— Pues bien; yo sólo suplico ahora al señor Pendroy que, en atención a los muchos años de leales servicios que le vengo pres-

tando, se sirva salir fiador por mí y se me deje en libertad provisional para que yo pueda por mi parte dar con el verdadero culpable del robo.

— No tengo inconveniente — dijo el señor Pendroy — y depositaré gustoso la cantidad que se me fije para ello.

Así se hizo, y Ricardito en libertad provisional, puso sus afanes todos en demostrar su inocencia para poder aparecer a los ojos de su adorada Evelina limpio de toda infamante acusación.

Convencido de que por sí solo no podía en modo alguno desembrollarse, se puso de acuerdo con una banda de pillos redomados que acaudillaba un personaje que había dejado tarjeta en todas las cárceles americanas. Llamábanle «el mico negro» por la agilidad de que estaba dotado y porque tenía la cara de color broncíneo. De este elemento confiaba obtener Ricardito la mejor colaboración para sus planes. Pronto pusieronse de acuerdo y quedó fijado que «el mico» le presentaría a su pandilla como un novato, y así podría investigar en los círculos de los profesionales del robo donde habían ido a parar aquellos apetitosos trescientos mil dólares en bonos del tesoro y que por ser al portador podrían tener fácil salida.

Ricardito vistióse a propósito para alternar en su nuevo ambiente, y empezó sus indagaciones, que no anduvieron muy descami-

nadas ya desde el principio. Como todo el mundo sabe, los ladrones se valen siempre de intermediarios para hacer dinero de todo lo robado, y de ahí que Ricardito se enterara en casa de un prestamista y comprador de objetos robados, de que un individuo se había presentado a vender unos valores del Estado que había depreciado bastante de su valor real con tal de hacer dinero rápidamente.

Siguieron las averiguaciones y Ricardito sentóse con un acordeón a la puerta del prestamista fingiéndose un músico ambulante. A los pocos momentos se presentó el individuo y volvió a vender unos valores por los que obtuvo dinero. Ricardito pidió permiso para examinarlos y vió que eran los bonos robados, pero no todos, y sí una insignificante partida de valor, unos cien dólares que por ochenta había cedido el vendedor. Inmediatamente y gracias a su ligereza habitual, Ricardito siguió al vendedor y vió, con gran estupor, que éste penetraba en el domicilio del conde Rinalli.

De averiguación en averiguación y gracias a la feliz intervención de una chismosa portera, supo Ricardito que aquél individuo era criado en casa del conde Rinalli, lo que le valió la certeza de que allí se hallaban los bonos del Tesoro y que ya sólo debía ahora poner en claro quién era el que robaba los títulos: si era el criado que se los robaba al amo, o bien si el conde en persona fué quien los

sustrojo de la caja de caudales, valiéndose de una habilidad que por sí sola ya le acusaba como uno de los profesionales del robo.

A pesar de su manera de ser pacífica para hacerse respetar ante los de la banda del «mico», Ricardito hubo de demostrarles que poseía buenos puños, y en cierta ocasión en que entre los bandidos se suscitó una discusión al repartirse un cajón de cigarros, puros que Ricardito les había obsequiado, vióse que éste tenía unos excelentes argumentos para pacificarlos, pues a la pelea que entre ellos se promovió por culpa de los cigarros puso término dándoles una ración de puñetazos que parecían salidos de una máquina; era la rapidez con que él los repartía a diestro y siniestro hasta que quedaron convertidos los bandidos en un montón de vencidos que apenas se podían aguantar sobre la mesa en que él los iba amontonando a medida que los iba venciendo, hasta que al llegar «el mico» quedóse petrificado al ver el «trabajo» que había verificado Ricardito, al que desde aquel memorable día se le llamó por todos los de la pandilla RICARDITO EL DE LOS BUENOS PUÑOS.

A pesar de que dedicaba todos sus esfuerzos a descubrir al autor del robo, para lo que tenía ya preciosas indicaciones con el descubrimiento efectuado en casa del prestamista, no descuidaba Ricardito entrevistarse a escondidas con Evelina, a la que había dado cita



La presencia de la pandilla y del detective acabó de embrollarlo...

en el jardín de su casa para ponerla al corriente del resultado de sus investigaciones.

Ricardito, y precisa advertirlo al lector, había dicho a Evelina que hasta que no se descubriera al culpable y resaltara, por lo tanto, su inocencia, que no quería en modo alguno mostrarse en público con ella para evitar que fuera objeto de algún comentario ofensivo por parte de sus envidiosas amigas, que no pudiendo tener novio hubieran criticado a Ricardito, que era para ellas un mocetón envidiable.

Así, y en las horas poéticas de la noche, Ricardito, como un ladrón, deslizábase en

los jardines donde ella le esperaba, encontrando entre este misterio mayor emoción que en un vulgar flirteo autorizado por el papá. Era de ver la agilidad de Ricardito salvando de un salto la tapia y ganar entre la sombría alameda el lugar donde ella le esperaba.

La luz de la luna iluminaba la escena y los dos enamorados, palpitantes de emoción y de temor, se contaban sus esperanzas, y sus ternezas sin fin pasaban de labio a labio en aquellos instantes sublimes en que las almas se abrían en floración de amor.

— Me causan un amargo dolor tus largas ausencias, Ricardito — decía Evelina; — pero te amo más que nunca al ver el empeño que pones en merecer mi amor.

— Sí, Evelina de mi vida — decía Ricardito atrayéndola contra su corazón y opri-miéndola contra su pecho de atleta que apenas Evelina podía respirar, pero se abandonaba a esa tortura que al estrujar su cuerpo le hacía sentir en el alma la suave sensación de hallarse entre los brazos de un hombre joven, fuerte y ardiente.

— Ya ves, Evelina, que si la suerte me maltrata queriendo que aparezca a tus ojos como un ladrón, aún tenemos unos minutos para ser felices.

— Es cierto — decía desfallecida de ilusión Evelina. — Yo te amo, te amo mucho porque eres bueno, porque sabes amar, por-

que sólo tú llegas a mi corazón con tus sinceras palabras de amor puro.

— Yo no sé mentir — decía Ricardito. — Te amo por tu hermosura, por ese brillo de tus ojos, por ese color de tus mejillas, por las líneas impecables de tu cuerpo de diosa... Por eso en estos momentos encuentro el premio a toda la injusticia con que mi oculto enemigo me maltrata.

Los dos jóvenes confundíanse en un grupo alegórico del amor que parecía la más bella escultura del jardín del millonario. Sus besos, sus suspiros sonaban como una música del bosque encantado, y sus promesas de amor eran cada vez más apasionadas.

Porfin desprendiéronse de un abrazo largo y magnífico que iba a ser de despedida... cuando Ricardito se acordó de que apenas habían hablado del robo y las pesquisas, que era el punto esencial para ellos; pero eran tan dulces los labios de Evelina y tan rico el sabor de sus besos, que se comprende el olvido.

— ¿Sabes — dijo Ricardito — que tengo una pista segura para llegar a confundir al verdadero ladrón?

— ¿Sí?, pues cuéntame y dejemos que el amor venga después como premio a nuestros afanes.

— Pues te diré, nenita de mi alma, que estoy convencido de que ese falso conde Rinnalli no es más que un impostor, un vulgar pillete de los muelles de Nueva York que se

quiere hacer pasar nada menos que por un noble de la más esclarecida cuna europea, ¡pero ahí estoy yo para impedirlo y para meterlo en la cárcel a patadas!

— ¡Estás magnífico, Ricardito mío! — dijo Evelina. — Y a propósito, se me ocurre que deberíamos preparar algo para que se anticipara el momento de que brille tu inocencia en todo su esplendor; precisamente mi madre ha recibido unas joyas muy valiosas que podrían servirnos de cebo para cazar a ese Rinalli.

— De primera es la idea, Evelina, y veo que el afán de salvarme y el amor que me tienes te aguza el ingenio.

— Déjame hacer; las mujeres somos muy listas cuando amamos. Yo hablaré de las joyas, del abandono en que mamá las deja, de que valen una millonada, y todo esto cuando Rinalli esté delante, y a ver qué pasa.

— Lo que pasa es que voy a comerte a besos — dijo Ricardito.

— Calma, que para todo habrá tiempo cuando hayamos recuperado la estimación y la confianza de todos — dijo Evelina. — Conque déjame hacer y hasta mañana.

Despidiéronse los dos jóvenes con un beso que hizo oscilar levemente los rosales del jardín, que tal vez se inclinaron por rubor... y lo que pasó vamos a referirlo con la misma rapidez con que se desarrollaron los acontecimientos.



El chico oinsolidino se bodesse chiondo si ad
Y sin dejarse intimidar por el revóver de Rinalli...
Iuo orsobioz la erdos nissos en zossensib

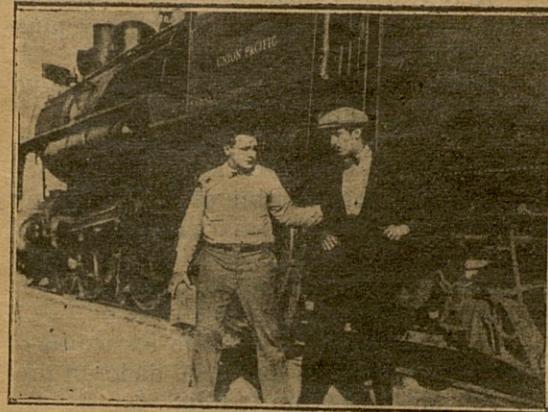
En la tertulia de aquella noche, a la que asistía como de costumbre el conde Rinalli, Evelina dejó entrever que las joyas de su madre estaban siempre mal guardadas, que era una verdadera lástima y un descuido que podría proporcionar un disgusto, etc., etc.

Como siempre, se retiraron a descansar todos, excepto Evelina, que velaba por si su plan daba resultado; y así fué en efecto. En el silencio de la noche rumor de pasos la puso sobre aviso. También Ricardito y la entera pandilla de «el mico negro» puesta a sus órdenes ante la promesa de una excelente recompensa, estaban acechando ocultos en el jardín.

Una sombra avanzó por el salón de los Pendroy, se posó en la arquilla que contenía las joyas... Evelina, que se hallaba apostada tras uno de los grandes sillones, dió la luz, pero la sombra la sujetó el brazo y le dió un fuerte empellón que la derribó, mientras el misterioso visitante escapaba hacia el salón superior como alma que lleva el diablo.

Evelina dió un grito y Ricardito y sus secuaces momentáneos creyeron llegada la hora de entrar en acción. Aquello parecía un campo de batalla. A ratos a obscuras y a ratos a plena luz, se repartían trompadas a granel. La presencia del detective del Banco y de la pandilla acabó de embrollarlo todo. Ricardito estaba en todos los sitios, pero sus puñetazos no caían sobre el verdadero culpable que se había escabullido; así es que dejó que se pegaran el detective y los de su provisional pandilla y saltó por una ventana tras un bulto negro que corría por el jardín. No le engañó su instinto. Aquel era Rinalli, que con una cajita debajo del brazo trataba de salvar la tapia.

Pero no contaba con la famosa agilidad de Ricardito, que le saltó encima; pero pudo desasirse Rinalli, que se ve era en extremo práctico en escabullirse. Mas Ricardito le seguía de cerca y comprendió que la intención del grandísimo pillastre no era otra que ganar la estación del ferrocarril. Hasta allí le siguió Ricardito y saltando sobre una vagoneta



Logró detenerle y recuperar la preciosa cajita

de un tren de mercancías que tomaba en aquel instante la salida, allí siguió luchando sin intimidarle el revólver que Rinalli esgrimía.

La lucha en el tren, que iba acelerando su marcha, era en extremo peligrosa. Mas Ricardito con sus saltos prodigiosos esquivó los disparos y logró detenerle arrebatiéndole la cajita, de la que Rinalli hizo una desesperada defensa. Se comprende, puesto que en ella había además de las joyas de la madre de Evelina la mayor parte de los títulos que había robado igualmente en casa de los Pendroy.

— Ahora sí que deberá usted revelar la verdad — dijo Ricardito dándole de propina un buen directo a la mandíbula.

— Confieso, confieso — dijo Rinalli — yo no soy noble — dijo.

— Ya lo hemos visto — replicó Ricardito.

— Mi verdadero nombre es Morgan y soy de Nueva York. Para casarme con Evelina lo hice todo por su dote, pero al ver que no me quería, recurrió al robo. Lo que yo deseaba es dinero.

— También tu criado — dijo Ricardito — te robaba a ti, por lo que le he dado un premio; el que roba a un ladrón...

En tanto Ricardito se encaminó con Rinalli a la Jefatura, donde hizo entrega al jefe, que por teléfono informó al señor Pendroy, añadiendo, además, qué tenía datos sobre la personalidad de Rinalli, que le señalaban como un terrible bandido.

De modo que cuando Ricardito llegó a casa de Evelina todos estaban enterados de la triunfal noticia. Ricardito se detuvo unos instantes para recompensar a los de la pandilla de «el mico», que tuvo que echar a puñetazos de casa de Pendroy, pues por poco se llevan hasta los muebles, y satisfechas ya todas sus deudas con sus colaboradores, demasiado celosos e impacientes por la recompensa, pues uno de ellos tenía ya un piano entre ceja y ceja para llevárselo, acudió en

busca de Evelina que se hallaba en el jardín.

El señor Pendroy, como buen padre, hizo como que no le veía, y pensó que mejor marido que Ricardito difícilmente lo encontraría Evelina.

Por una ventana el señor Pendroy contempló la escena. Ricardito descendió en un vuelo las escaleras del jardín y tomó a la joven en sus brazos besándola con ilusión.

Y el eco trajo con rumor de besos a oídos del padre y de la madre de Evelina, que acudió con sus joyas recuperadas a la terraza donde se hallaba su esposo, las siguientes palabras:

— Nos casaremos pronto, Ricardito, porque estoy delirando para poderte llamar mío delante de todo el mundo.

Otro beso, y los papás que se retiran de la terraza para no ser testigos de las más bellas escenas de amor, que no hay cámara capaz de registrarlas sin que se vele el negativo.

FIN

EL AMOR EN VERSO

POESIAS PARA POSTALES
para ellas, para ellos y para todos

Discretos, declaraciones, con-
firmaciones, esperanzas, reali-
dades, pesadumbres, alegrías
:: :: rencores y celos :: ::

Felicitaciones de Santo, cum-
:: :: pleaños y año nuevo :: ::

— por —
DIEGO DE MARCILLA



Es un elegante tomo de noventa y seis
páginas en rico papel

CUBIERTAS ARTÍSTICAS EN TRICOLOR

Cada tomo: U N A peseta

EL AMOR EN VERSO

POESIAS PARA POSTALES

bella suave, bella dulce a bella jocosa

Diseñaciones, fotografías, carteles,
guirnaldas, estampas, etc.
dibujos, bocetos, etc.
y un lenguaje sencillo y corto
descripciones de fiestas, cum-
bres y paseos a uno mismo.

DECO DE MARCILLA



En la edición todo de novela y serie
bajo un liso papel

CURIOSAS ARTÍSTICAS EN TRICOLOR

Gags jocosos: UNA postal

EL AMOR EN VERSO

POESIAS PARA POSTALES

para ellas, para ellos y para todos

Discreteos, declaraciones, confirmaciones, esperanzas, realidades, pesadumbres, alegrías
:: :: rencores y celos :: ::

Felicitaciones de Santo, cum-
:: :: pleños y año nuevo :: ::

por

DIEGO DE MARCILLA



Es un elegante tomo de noventa y seis páginas en rico papel

CUBIERTAS ARTÍSTICAS EN TRICOLOR

Cada tomo: UNA peseta